

D. Juan de los tiempos del Directorio, jugador, vividor burlón y duelista, dijo muy claro que no aumentaría en un céntimo el dote de la muchacha. A Astier, con más ambición que codicia, le seducía, sobre todas las cosas, la Academia. Los dos patios grandes que hay que atravesar para llevar el ramo diario, los largos y solemnes corredores cortados por escaleras polvorientas, no eran para él el camino del amor, sino el sendero de la gloria. Los Paulino Rehu, de Inscripciones y Bellas Letras; los Juan Rehu, de las *Cartas á Urania*, el Instituto todo, sus leones, su cúpula que atrae como una Meca; todo esto fué lo que durmió á su lado la noche de novios.

Belleza que no se pierde y pasión que no gasta el tiempo, le cogió con tal fuerza, que conservó siempre para con su mujer la fría actitud de un mortal de la época mitológica á quien los dioses hubiesen dado una de sus hijas. Cuando llegó á dios, después de cuatro escrutinios académicos, subsistió el mismo respeto.

En cuanto á la señora Astier, que sólo había aceptado el matrimonio como un medio de dejar al abuelo, amigo de contar inacabables his-

torias, pero duro y egoísta, necesitó poco tiempo para conocer el cerebro de campesino rudo y la estrechez de inteligencia que se escondían bajo la solemnidad del laureado académico fabricante de tomos en 8.º, y su palabra, de tono de flauta, que parecía hecha para resonar en la cátedra.

Sin embargo, después que á fuerza de intrigas, de pasos y de recomendaciones llegó á hacerle académico, sintióse presa de cierta veneración hacia él, olvidando que era ella misma la que le había puesto la casaca de palmas verdes que ocultaba su nulidad.

En aquella asociación perfecta y fría, sin intimidad, goce ni comunicación de ninguna especie, no había más que una nota natural y humana, el hijo: y esta nota alteró la armonía del matrimonio.

Desde luego no se realizó nada de lo que el padre soñaba para su hijo: laureles universitarios, oposiciones, la Escuela Normal, y, por último, una cátedra.

En el colegio, Pablo no tuvo premios más que en esgrima y en gimnasia, distinguiéndose únicamente por una cachaza voluntaria y terca,

que ocultaba un espíritu práctico y un precoz sentido de la vida real.

Muy mirado en su traje y en su porte, no salió nunca á paseo sin la esperanza, que no recataba, de *hacer* una mujer rica.

Dos ó tres veces, viéndole dominado por la idea fija de la pereza, á todo trance su padre había querido castigarle brutalmente, á lo auvernés; pero la madre intervino para excusar á su hijo y protegerle. Astier-Rehu gruñía y hacía crujir sus mandíbulas, que cuando profesor le valieron el apodo de *Cocodrilo*, y como suprema amenaza hablaba de hacer la maleta y volverse á cuidar sus viñas de Sauvagnat.

—¡Leonardo! ¡Pero Leonardo! decía la señora Astier. Y así quedaban las cosas.

Con todo, un día estuvo á punto de hacer la maleta de verdad. Sucedió esto cuando, después de tres años de arquitectura en la Escuela de Bellas Artes, Pablo Astier se negó á presentarse á concurso para el premio de Roma.

—¡Desgraciado! le dijo su padre. Roma... ¿pero tú ignoras que Roma es el Instituto?

El chico se burlaba de esto; lo que él ambicionaba era la fortuna, cosa que no se alcanza-

ba con el Instituto, y la prueba la veía en su padre y su abuelo, el viejo Rehu. Lo que él quería no eran laureles académicos, sino negocios, muchos negocios, y hacer dinero cuanto antes.

Leonardo Astier se volvió loco al oír á su hijo proferir blasfemias tales, y á su mujer ¡una Rehu! aprobarlas. Entonces bajó de la buhardilla trastera la maleta, su vieja maleta de profesor de provincia, profusamente claveteada y con goznes tamaños como los de la puerta de una catedral, alta y profunda lo bastante para haber guardado el enorme manuscrito de *Marco Aurelio* y todos los sueños gloriosos y las ambiciones del historiador aspirante á académico.

En vano la señora Astier decía mordiéndose los labios:

—¡Pero Leonardo! ¡Leonardo!...

El hombre siguió haciendo la maleta, que durante dos días estuvo en el despacho, para luego pasar á la antecámara, de donde ya no volvió á salir, transformada definitivamente en leñera...

Así, desde el principio, Pablo triunfó, y tanto por su madre y sus relaciones como por su habilidad y sus atractivos personales, obtuvo pronto obras que le dieron á conocer.

La duquesa Padovani, mujer de un ex ministro y embajador, le confió la restauración de su precioso castillo de Mousseaux sur-le-Loire, vieja estancia real por mucho tiempo abandonada, á la cual Pablo supo restituir su carácter propio con habilidad y talento, que realmente chocaban en el que no había sido más que mediano alumno de la Escuela de Bellas Artes. La restauración de Mousseaux le valió la construcción del palacio de la embajada turca, y más tarde la princesa de Rosen le confió el Mausoleo del príncipe Heriberto, el que murió trágicamente en la expedición del rey Cristián de Iliria.

Desde entonces Pablo se creyó dueño de la fortuna. Astier padre, arrastrado por su mujer, dió 80.000 francos de sus ahorros para la compra de un terreno en la calle Fortuny, donde Pablo construyó un hotel, mejor dicho, un ala de hotel adosada á una elegante casa de vecindad. Era un muchacho práctico, y si quería un hotel como todos los artistas elegantes, quería también cobrar alquileres.

Desgraciadamente las casas de vecindad no se alquilan siempre con facilidad, y el tren de vida que llevaba, los dos caballos en la cuadra,

uno para silla y otro para tiro, el Casino, la dificultad en los cobros... no le daban tiempo para esperar. Además, Astier, padre, declaró repentinamente que en adelante no daría ni un cuarto; y cuanto la madre intentó ó dijo en favor de su hijo, se estrelló contra aquella irrevocable determinación, que al fin se atrevía á resistir á su voluntad personal, hasta entonces soberana en la casa.

De este modo comenzó una lucha continua entre la madre, ingeniándose para sisar en los gastos como un mayordomo ladrón, para no tener nunca que negarse á las peticiones de dinero de su hijo, y Leonardo desconfiando y á la defensiva y comprobando las facturas. En esta lucha, la mujer, más orgullosa, se cansó antes que el marido, y era necesario que Pablo estuviese ahora muy abarrancado para que su madre se atreviera á hacer una nueva tentativa.

Al entrar en el comedor, grande y triste, que antes lo había sido de una casa de huéspedes, sin más luz que la de altas y estrechas ventanas con dos escalones, la señora Astier halló á su marido que estaba ya en la mesa, preocupado

y nervioso. Habitualmente el *maestro* se sentaba á la mesa sonriente, tranquilo y con humor igual, tanto, por lo menos, como su apetito, bien servido por recia y compleja dentadura de perro mastín, á la cual no resistían ni el pan seco, ni la carne dura y correosa, ni los negros contratiempos que son la salsa diaria de la vida.

—Es que hoy es el día de Teysstedro, no hay duda, pensó la señora Astier, que se sentó aplastando su ahuecada falda de los días de recepción. Quedóse, sin embargo, un tanto sorprendida al no recibir el cumplido con que le saludaba todos los miércoles, á pesar de que aquel día su traje era muy elegante.

Esperando que aquella mala disposición se disiparía á los primeros bocados, esperó un poco antes de empezar el ataque. Pero el *maestro*, aunque devoraba con gana, mostraba un mal humor creciente: el vino sabía al corcho del tapón, las albondiguillas estaban quemadas...

—¡Todo esto porque su amigote el Sr. Fage le ha dado á usted el gran plantón esta mañana! gritó furiosa desde la cocina Corentina, cuya cara reluciente y llena de costras apareció

en el agujero por el cual se pasaban los platos en los tiempos de la casa de huéspedes.

Cuando desapareció, cerrando la ventana violentamente, Leonardo Astier murmuró:

—¡Tiene un descaro esa chical...

Pero en el fondo le molestaba que delante de su mujer se hubiese pronunciado el nombre de Fage. Y con efecto, de seguro que en cualquiera otra ocasión la señora Astier no hubiera dejado de añadir:

—¡Ah! Otra vez Fage, el encuadernador...

Y hubiera empezado una escena doméstica, que era lo que esperaba Corentina al lanzar su frase maliciosa.

Pero hoy se trataba de no irritar al *maestro*, sino, por el contrario, de llevarle con hábiles preparativos á lo que quería de él. Y comenzó á hablarle de la enfermedad de Loisillon, el secretario perpetuo de la Academia, que iba de mal en peor. El puesto de Loisillon y su casa en el Instituto debían pasar á Leonardo Astier, como compensación del empleo que había perdido; y aunque íntimo de aquel colega enfermo, la esperanza de un buen sueldo y de una casa desahogada y cómoda, amén de otras ventajas,

rodeaban para él aquella muerte próxima de una agradable perspectiva, que quizá le avergonzaba, pero de la cual hablaba ingenuamente en la intimidad de su hogar... Con todo, ni aun esto desarrugaba aquel día su entrecejo.

—¡Pobre señor Loisillon! silbaba la señora Astier: ya no acierta con las palabras. Lavaux nos contaba ayer en casa de la Duquesa que ya no sabe decir más que bi... bibelot, bi... bibelot.

Y añadió, mordiéndose el labio é irguiendo la cabeza:

—Y eso que es de la comisión del Diccionario.

Astier-Rehu no pestañeó.

—La frase es buena, dijo haciendo crujir sus quijadas con aire doctoral; pero ya he escrito, no sé en qué página de mi historia, que en Francia lo único eterno es lo interino...

Pronunciaba *hístooria, eeeterno*.

—Nos enterrará á todos... Hace diez años que se muere. Y mordiendo el pan duro, repetía: «A todos, á todos...»

Decididamente Teyssedro le había puesto de mal humor.

Entonces la señora Astier habló de la sesión

magna de las cinco Academias que dentro de algunos días se celebraba, con asistencia del duque Leopoldo de Finlandia. Precisamente Astier-Rehu, director durante aquel trimestre, debía presidir la sesión y pronunciar el discurso de apertura, saludando de paso á Su Alteza Real. Y hábilmente interrogado á propósito del discurso cuyo plan formaba, Leonardo indicó sus líneas generales: era una carga cerrad acontra la escuela literaria moderna; un buen metido á esos tunantes... beduños.

Sus anchas pupilas de tragón se encendían en aquella cara cuadrada, á la cual se veía afluir la sangre bajo la espesa broza de las cejas negras como el humo, contrastando con la sota-barba blanca.

—A propósito, dijo bruscamente: ¿y la casaca? ¿Se ha cepillado? La última vez que me la puse, para el entierro de Montribot, estaba imposible.

¡Pero qué! ¿no piensan en todo las mujeres? Aquella misma mañana la señora Astier la había repasado cuidadosamente; la seda de las palmas se deshilachaba; los forros se caían. Una casaca de... ¡sí! de su entrada en la Acade-

mia, el 12 de Octubre de 1866. Lo mejor sería encargar una nueva para la sesión. Irían las cinco Academias, un Príncipe, todo París. Lo menos que se podía hacer... Leonardo se defendía reposadamente, alegando que el gasto sería crecido. Además de la casaca habría que hacer el chaleco, á lo menos el chaleco, ya que ahora no se lleva el calzón corto.

—No importa, amigo mío; son cosas necesarias, decía la mujer insistiendo. Sin notar lo vamos poniéndonos ridículos con tanta economía. Muchas de las cosas que nos rodean se ponen viejas; por ejemplo, los muebles de nuestro cuarto: cosa que me avergüenza cuando entra un amigo... Para un gasto tan pequeño..

—El que se ría es un malandrín, dijo en voz sorda Astier-Rehu, que con gusto usaba palabras clásicas; y una arruga se abrió en su ancha frente como si se partiera en dos su cara, há un momento expansiva. Ya eran muchas las veces que había dado con que pagar una factura de modista, ó de costurera, y para renovar cortinas y la ropa blanca... y luego nada se había pagado; el dinero se iba á la calle de Fortuny, á casa del Trágalotodo. Ya no más; no le vol-

verían á coger en otra. Se encorvó, metió los ojos en el plato, que llenó con una gran raja de queso de Auvernia, y no añadió más.

La señora Astier sabía lo que era ese silencio tosco en cuanto se hablaba entre los dos de cuestiones de dinero; pero esta vez se había propuesto hacerle reventar.

—¡Ah! vamos, te metes la cabeza en el plato. Ya sé lo que quieres decir cuando haces de erizo. Ni un cuarto, ¡eh! Nada, nada.

La cabeza cada vez bajaba más.

—Siempre hay algo, sin embargo, para el señor Fage...

Leonardo Astier se estremeció, é irguiéndose y mirando á su mujer con inquietud...

—¡Cómo! ¡Yo dinerol... ¿Y al Sr. Fage?

—Sí, y que no cuestan poco las cubiertas y encuadernaciones... dijo la señora Astier contenta al verle obligado á ceder de su callada resistencia. ¿Y para qué? pregunto yo; para esos papelotes...

Astier-Rehu se tranquilizó: evidentemente su mujer no sabía nada y hablaba á ojo... La palabra *papelotes*, sin embargo, se le atragantaba: se trataba de autógrafos sin rival, con las

firmas de Richelieu, Colbert, Newton, Galileo, Pascal, tesoros adquiridos casi de balde y que hoy representan una fortuna. «Sí, señora, un fortuna.» Y entusiasmándose, citó cifras y ofertas que se le habían hecho. Bos, el famoso Bos de la calle de la Albaye, hombre inteligente si lo hay, daba 20.000 francos por tres solos documentos de la colección, tres cartas del emperador Carlos V á Francisco Rabelais...

—Papelotes... ¡Pues hombre!

La señora Astier le escuchaba estupefacta. Sabía que hacía dos ó tres años que coleccionaba papeles viejos y que le hablaba alguna vez de sus hallazgos, cosas que ella escuchaba con la vaga distracción de la mujer que oye la voz del mismo hombre hace treinta años... Pero jamás pudo suponer... ¡Veinte mil francos por tres documentos! ¿Y por qué no aceptaba?

Leonardo estalló como una bomba.

—¡Vender mis Carlos V! Nunca. Os vería á todos sin pan, mendigando de puerta en puerta, y no los tocaría. ¿Lo oyes?

Y dió un golpe en la mesa, muy pálido, los labios caídos, feroz y maniático, convertido en un Astier-Rehu extraordinario, que su mujer no

conocía. Los hombres tienen en ese súbito esplendor de su pasión, aspectos ignorados aun de sus más íntimos.

Pero en seguida, ya más calmado, el académico se explicó algo confuso.

Los documentos le eran necesarios para la confección de sus libros, sobre todo ahora que ya no tenía el archivo del Ministerio. ¡Vender esos materiales sería como renunciar á escribir! Por esto más bien trataba de aumentarlos.

Y acabando en una nota amarga y tierna que delataba todas las penas y todas las decepciones de su paternidad, añadió:

—Después de mí, mi señor hijo lo venderá, si le conviene, y ya que no piensa más que en ser rico, te aseguro que lo será.

—Sí... pero entretanto...

Y dijo este *entretanto* con un tono dulce tan monstruosamente natural y tranquilo, que Leonardo, ciego de celos contra ese hijo que le llevaba todo el corazón de su mujer, respondió con un solemne crujir de mandíbulas:

—Entretanto, señora, que los demás hagan lo que yo. Yo no tengo hotel, ni caballos, ni

charrete inglesa. Tomo el tranvía cuando salgo, y vivo en un tercero con entresuelo, donde soy víctima de Teyssedro; trabajo día y noche, amontoño volúmenes, dos, tres in 8.º al año; pertenezco á dos comisiones de la Academia, no faltó á una sesión, figuro en todos los entierros, y ni en verano acepto convite alguno para el campo, á fin de no perder una sesión. Deseo á mi señor hijo el mismo valor para cuando tenga sesenta años.

Era la primera vez, después de mucho tiempo, que hablaba de Pablo, y siempre con la misma sequedad. La madre se quedó fría; y en la mirada de través, casi cruel, que dirigió á su marido, se reveló un respeto que momentos antes no sentía.

—Llaman, dijo de pronto Leonardo, ya de pie, dejando la servilleta en el respaldo de su silla. Debe de ser mi hombre.

—Uno que pregunta por la señora. ¡Temprano empiezan hoy! dijo Corentina, que con sus dedos, que acababa de secar con el delantal, puso en un borde de la mesa una tarjeta.

La señora Astier leyó la tarjeta: *Vizconde de Freydet*. Un relámpago brilló en sus ojos, y en

alta voz, con un tono tranquilo que en vano ocultaba su alegría, dijo:

—¿El señor de Freydet está en París?

—Sí, para su libro...

—¡Ah, Dios mío! Su libro... ¡Y yo que todavía no he cortado las páginas! ¿De qué habla ese libro?

Comió de prisa y corriendo los últimos bocados, y se lavó la punta de los dedos en el vaso, mientras su marido le daba distraídamente algunas ideas del nuevo libro de Freydet, *Dios en la naturaleza*, poema filosófico... Aspira al concurso Boisseau.

—¡Oh! Lo ganará, ¿verdad? Es necesario que lo gane. Son muy agradables él y su hermana. ¡Es tan bueno para la pobre baldada!...

Astier hizo un gesto evasivo: nada aseguraba, pero desde luego recomendaría á Freydet, que le parecía que realmente adelantaba.

—Mi apreciación personal, si te la pide, es ésta, le dijo. Hay demasiadas cosas para mi gusto, pero ya no hay tantas como en sus anteriores libros. Dile que su maestro está contento.

¿Qué cosas eran éstas de que había tantas?

¿Y cómo había menos que antes? La señora Astier lo debía saber, por cuanto, sin pedir más explicaciones, se levantó de la mesa y se dirigió con paso ligero al gabinete, transformado en salón de visitas para las recepciones del miércoles.

Quedóse Leonardo Astier cada vez más preocupado, desmenuzando durante un rato con el cuchillo la corteza del queso en el plato. Luego, distraído de sus reflexiones por Corentina, que levantaba la mesa de prisa sin hacerle el menor caso, se levantó con trabajo, y subiendo á su camaranchón por la escalerilla de caracol, tomó de nuevo los lentes y el palimpsesto que desde la mañana le absorbía.

II

—¡Eh! ¡Eh!

Pablo Astier, desde lo alto de su *charrete*, que guiaba él mismo, correcto y erguido, las riendas altas, marchaba rápidamente á su misterioso «almuerzo de negocios» por el Puente Real, los muelles y la plaza de la Concordia.

Con un poco de imaginación, viéndose entre

las terrazas, arboleda y fuentes, puede figurarse que vuela en alas de la misma Fortuna; tan seguro es el camino y espléndido el día. Pero el lacayo no tiene el cráneo mitológico, y de paso Pablo se fija en el correaje nuevo de las guarniciones y hace preguntas sobre el pajero al *groom* que se sienta á su lado, afeitado y reuicente, con el aspecto socarrón y malhumorado del mozo de cuadra elegante. Éste le dice que el pajero es un tramposo, que estafa en el peso de la cebada.

—¡Ah! ¡Sí?... dice Pablo distraídamente y pensando ya en otra cosa.

Las confidencias de su madre ruedan por su cabeza. La hermosa Antonia tiene cincuenta y tres años, con aquellos hombros y aquellas espaldas... el escote más correcto. ¡Parece increíble!

—¡Eh! ¡Cuidado! ¡Eh!

La recuerda en Mousseaux, el verano último, levantada antes que todos, corriendo por el parque con sus perros, bañada de rocío, la cabellera suelta, fresca la boca... No tenía el aspecto de mujer artificial... En fin, que un día yendo en landó le echó á un lado, así como sue-